aunque en este escrito no hayamos omitido las injusticias que alguna vez cometiera la mujer, respecto de la religion, sin ser esto un himno de gloria, nos congratulamos en decir de la mujer, tal como el Evangelio la ha formado, y puede formarla todavía, que ella es la creacion maravillosa del espíritu y de la gracia del Evangelio.

De esta suerte, no nos ocuparemos por ahora sino del método que hemos seguido en estas HOMILIAS, cuando las predicamos y publicamos en italiano en Roma, y cuando al presente, bajo nuevas formas las publicamos en frances despues de haberlas predicado en Paris.

La BIBLIA es el libro por excelencia; y el Evangelio es la parte más excelente de la Biblia. Así como Jesucristo es HOMBRE-DIOS; hombre débil, enfermo, y Dios lleno de majestad y de poder, así su Evangelio, espejo fiel del grande misterio de su Persona, es al mismo tiempo un libro sencillo y sublime; sencillo por el estilo y sus palabras, y sublime por sus doctrinas y objetos: y asímismo, como la persona de Dios hecho hombre, no es más que la Divinidad oculta bajo el velo de la humanidad, de igual manera el Evangelio, no es sino la sabiduria infinita, oculta bajo la sencillez de la Escritura. Jesucristo es una persona singular y única: *Singulariter sum ego* (Palm.), porque en su cualidad de Dios Eterno, se hizo escribir su vida y formar su retrato ántes de su nacimiento temporal. Los profetas describieron su vida por medio de palabras, y los patriarcas representaron en sus mismas personas algunos rasgos de la vida de Jesucristo; y de todos esos rasgos reunidos, resultó un retrato magnífico y perfecto de todos los misterios de su Divina Persona. Esto es lo que hizo decir á San Agustin: " Que el pueblo y el reino de los judíos, y la misma vida de los patriarcas, han sido proféticos (1)"

Y así como el Salvador Divino se habia hecho predecir y figurar por medio de palabras y acciones en las personas de los patriarcas y profetas, de igual modo se complació en instruir á su Iglesia, prediciendo y figurando

[1] "Propheticus populos, propheticum regnun; etiam patriarcha-
" rum vita prophetica fuit."

sus caracteres, su mision y destino, por medio de las palabras y acciones de su misma Persona Divina. Así es, que, no debemos conformarnos, dice San Agustin, con admirar los prodigios del Salvador del mundo, sino que es necesario, además, inquirir y comprender lo que esos prodigios nos digan respecto del que los obró; porque reflexionando atentamente, se advierte que ellos tienen en sí un lenguaje que les es propio; porque siendo Jesucristo el Verbo de Dios, las acciones de este Verbo no son en sí mismas sino un *verbo*, es decir, una palabra dirigida á nosotros. (1) Tal es el sentir de San Gregorio, quien tambien dice: *Los milagros de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, mientras nos asombran por el poder que los obra, nos instruyen por los misterios que contienen.* (2) En las Santas Escrituras, además del sentido *inmediato ó literal* que tienen, se distinguen el *tropológico ó moral* y el *anagógico ó relativo á la vida futura.* Todos los hechos del Evangelio, así como todos los del Antiguo Testamento, tienen un sentido *alegórico ó espiritual;* porque en el Evangelio, como en toda la Santa Escritura, todo es históricamente verdadero como todo es misteriosamente profético.

De aquí es, que en estas homilías, hemos tratado de interpretar algunos pasajes del Evangelio en sus diferentes sentidos, queriendo presentar así á los que le leen, un pequeño ensayo del modo con que se debe interpretar el resto.

Refiere San Lúcas: que la primera vez que el Divino Salvador se apareció á los apóstoles despues de la Resurreccion, les abrió el espíritu para que comprendiesen las Escrituras: *Aperuit illis sensum, ut intelligerent scripturas:* siendo por esto evidente, queel Divino Maestro no enseñó entónces á los apsóstoles el sentido literal de los libros santos, que ya ántes conocian, sino el sentido misterioso, alegórico ó profético de esos mismos libros;

[1] "Non sufficit intueri in miraculis Christi; interrogemus ipsa
" miracula, quid nobis loquantur de Christo: habent enim, si intelli-
" gantur, linguam suam. Nam quia ipse Christus Verbum Dei est,
" etiam factum Verbi verbun novis est. (*Tract.* 24, *in Joan.*")

[2] "Miracula Domini et Salvatoris nostri per potentiam aliud
" ostendunt, et per mysterium aliud loquntur. (*Homil. II, in Evang*")

es decir, les enseñó á buscar y conocer estos sentidos en las palabras de los profetas y en las vidas de los patriarcas no ménos que en los ritos de la ley y en todos los sacrificios. Por esto es tambien evidente, que la verdadera ciencia de las Santas Escrituras, consiste en el conocimiento no solo literal, sino tambien del alegórico; y del Evangelio es del que particularmente repetimos, que tiene diferentes sentidos. Fijarse, pues, en la letra, y no más que en la letra de los divinos libros, es no conocerlos, ó conocerlos mal, segun la sentencia de San Pablo, cuando dice: "Que la letra mata y el espíritu vivifica." En efecto, ateniéndose á la letra de la Biblia, es como el judío no conoce á Jesucristo y el protestante no reconoce á la Iglesia; y esto es el orígen del error, del error capital de uno y otro; porque el judío no es judío sino porque niega á Jesucristo, y el protestante no es protestante sino porque niega á la Iglesia. Limitarse, pues, á esplicar el Evangelio en el sentido literal, y fijarse solo en las sublimes lecciones de moral que contiene, sin tratar de descubrir la parte misteriosa y profética que oculta, es, en cierto modo, judaizar, ó es esplicar el Evangelio á la manera de los protestantes.

Los Padres de la Iglesia, á los que Dios ha dado una gracia particular para esplicar sus oráculos á semejanza de los apóstoles, y especialmente de San Pablo, se han dedicado en sus sublimes predicaciones, á desenvolver las Santas Escrituras, y muy en particular el Evangelio, en sus cuatro sentidos, al mismo tiempo: y por esto, en sus sermones y homilías sobre estos objetos, hay instrucciones sólidas, magníficas y sublimes, sobre las grandezas del cristianismo.

Leyendo esos sermones y homilías, se comprende la armonía inefable de los dos Testamentos, el sucesivo cumplimiento de las profecías, las analogías entre lo pasado y el porvenir, de lo corporal con lo espiritual, del dogma con el precepto, de la ley con el Evangelio y de la Sinagoga con la Iglesia. Aquellos grandes varones no se limitaron á la letra; sino que penetraron en el espíritu del libro de la BUENA NUEVA, y alzando un extremo del misterioso velo que le cubre, nos indicaron las riquezas de la sabiduría, del poder y de la bondad de

Dios, que el Espíritu Santo quizo encerrar allí: nos dieron á conocer á Jesucristo por la grandeza de sus misterios, por la excelencia de sus doctrinas, por la eficacia de sus sacramentos, por los caracteres de su Iglesia, por las piadosas industrias de su amor, por la condicion extraordinaria de sus dicípulos y por la generosidad de sus recompensas.

Con la ayuda de la elocuencia, hija de la conviccion y del genio, los Padres de la Iglesia combatieron todos los vicios é insinuaron todas las virtudes; pusieron al descubierto las miserias y todas las llagas del hombre, é indicaron los bálsamos divinos y los celestiales remedios con que pudieran curarse; declamaron contra los espíritus rebeldes á los atractivos del Amor Infinito, amenazándolos con la severidad de la Justicia Eterna. Todas estas lecciones las dieron con ocasion de esplicarnos algun rasgo de la vida de Jesucristo: de suerte, que los Padres comienzan siempre su predicacion por Jesucristo, y siempre lo tienen á la vista y en sus labios, porque le tienen en su corazon. Todos sus trozos oratorios, no son, desde luego, sino la esplanacion de algun misterio, del que sacan en seguida, como consecuencia de sus principios, importantes lecciones de moral. Tales son los hermosos comentarios del divino libro, en los cuales, á la instruccion que ilustra el espíritu, precede siempre la exhortacion que reforma el corazon, cuyas instrucciones variadas y agradables, á la vez que razonadas y sólidas, nos ofrecen sin sentirlo, una apología completa, magnífica y luminosa de la religion cristiana, que se acomoda á las necesidades de todos los tiempos, al gusto de todas las almas, y que todos se ven en la necesidad de recibirlas para su instruccion y enmienda.

No es, pues, de admirar que los cristianos del tiempo de los Padres, nutridos con un alimento tan sustancial, fuesen tan vigorosos en la fe, y tan ilustrados en la ciencia divina de la Religion, y que asimismo comprendiesen y gustasen de la predicacion, que hoy fatiga la inteligencia de los sabios. Mas ¡oh desgracia! Hace mucho tiempo que se ha abandonado aquella manera de esplicar el Evangelio; y despues de Bossuet,

cuyos sermones no son sino la continuacion de los de los Padres en lenguaje vulgar, con raras excepciones, entre los mismos que tienen obligacion de predicar, ó absolutamente no se esplica el Evangelio, ó se esplica indebidamente. Algunos no toman, sino á la ligera, algun pasaje del Evangelio para disfrazarlo en un discurso moral de fantasía: otros, conformándose con leer en lengua vulgar, ó con referir el hecho, considerándolo solo en su sentido inmediato ó literal, no sacan sino algunas reflexiones morales de las más frias ó de las más vulgares. Hé aquí todo lo que ha tiempo, forma en Francia lo que se llama sermon. ¿No llama, pues, la atencion el oir decir por todas partes, tratándose de esta materia, que nada es más insignificante y fastidioso que el sermon? Ora, se dice, es una predicacion de rutina, propia para las clases poco inteligentes del pueblo; ora, este es un cuento monótono, lánguido, frio, sin interes y sin elevacion, donde nada se encuentra que instruya ni ilustre, nada que mueva ni edifique; todo no es sino un entretenimiento de buenas mujeres, del que ninguna persona saca fruto.

De este modo el Evangelio ha venido á ser un libro *oculto bajo siete sellos*, ignorado del comun de los cristianos, resultando de aquí el que, con simplicidad, se admire el encontrar tanta ignorancia en materia de religion! entre aquellos mismos que frecuentan las iglesias. ¡Ah, jamás, puede ser, que se haya predicado tanto como en estos tiempos, y jamás la predicacion ha sido más esteril!

Este es hasta ahora el método protestante respecto á la esplicacion de los misterios; método bien deplorable por cierto, pero lógico para los desgraciados que le siguen. Y desde luego, habiendo naufragado el protestantismo respecto al dogma, se contrae á predicar la *moral*, pues con excepcion de las más groseras invectivas contra el catolicismo, los deberes morales forman los asuntos de la predicacion protestante, sucediendo que entre los miembros de una misma comunion no haya un símbolo comun y uniforme, y que en un mismo auditorio no se encuentren dos personas que crean un mismo misterio, ó le crean de la misma manera. No dándose al precepto por base el dogma cristiano, se ha tenido la

necesidad de apelar al derecho natural, sustituyendo la filosofía á la revelacion y la razon á la fe. De aquí nacen esos estravagantes discursos, que se llaman *cristianos*, donde eliminándose todo dogma y misterio, se presentan los deberes de una moral puramente filosífica y humana, y adonde se cita la Escritura (cuando se la dispensa el honor de citarla) como un libro de erudicion y no como un *código divino;* donde se encuentra frecuentemente Jesucristo confundido con Sócrates, y donde San Pablo no tiene más autoridad que Marco Aurelio.

Predicar de esta suerte, separando los deberes de los misterios y dogmas, es degradar la predicacion católica, trayéndola á la miseria y desnudez, ó al escándalo de la predicacion protestante; es, en cierto modo, hacer eco á los corifeos de la impiedad del último siglo, cuando exclamaban: *La moral, la moral; lo demas es indiferente.* La moral separada, y no derivada del dogma cristiano, es más perfecta, si se quiere, que la de los estoicos; pero que no descansando sobre una base divina, no es más cierta, obligatoria é importante la una que la otra.

Así tambien, los sermones en los que la moral sola hace el gasto, no son sino vanas disertaciones, propias para las academias y templos; pero evidentemente, esa clase de sermones no son los que pueden oirse en las iglesias, porque no son sino frias disertaciones que nada hablan al espíritu, y que mucho ménos conmueven al corazon.

La enseñanza de la moral no solo nada pierde al presentarla juntamente con los misterios de Jesucristo, sino que adquiere una fuerza maravillosa y una eficacia muy particular. El cristiano que solo tiene ideas mezquinas, pequeñas y limitadas de la religion, no puede tener celo y fervor para cumplir sus preceptos.

Los sermones más vigorosos sobre la malicia y el horror de ciertos vicios, pueden hacer estremecer al hombre, le pueden agitar y hacer que nazcan en él propósitos de reforma; pero realmente no le cambiarán. El profeta profirió una palabra llena de sentimiento y de filosofía divina: Es necesario, dijo, que el hombre se levante á la altura del corazon para que Dios pueda glorificarse en él, y ser glorificado por él: *Accedet homo ad cor altum, et*

exaltabitur Deus. Es decir, que es necesario levantar al hombre de la religion de los sentidos á la del espíritu, de la tierra al cielo, para iniciarlo en las grandezas y profundidades de Dios: *Ad profunda Dei*, como dice San Pablo: y cuando se ha trasportado sobre ese elevado terreno, en esa atmósfera espiritual, es más fácil, de lo que se cree, inspirarle el desprecio del mundo, el odio al vicio y la abnegacion de sí mismo. Pero el medio seguro de obtener ese resultado es el de predicar á Jesucristo, modelo de la obra de la sabiduría y de la virtud de Dios, y en el que se encuentran reunidos y escondidos todos los tesoros de la ciencia infinita: esto, sí, es dar á conocer las razones esteriores, las analogías, las relaciones y la magnificencia del Evangelio: esto, en suma, es predicar el Evangelio segun el estilo y método de San Pablo y los padres de la Iglesia.

Por último: el amor de Jesucristo es la muerte de todos los vicios, la semilla preciosa, y al mismo tiempo el jugo vivificante del alma y de todas las virtudes. Semejante al fuego material, este fuego celestial, alumbra al alma, la enciende y la inflama, destruyendo en pocos instantes todas las afecciones profanas; la convierte, la trasforma, la sublima y la divinizа. Y en verdad, comenzando desde la Magdalena, las extraordinarias conversiones que se han obrado en la Iglesia, y que han cambiado los monstruos en hombres, y á los pecadores en santos, no han sido obra sino del amor de Jesucristo.

Segun esto, ¿qué medio más seguro, y qué camino más corto que el de encender en el corazon ese sagrado fuego, explicando como lo explicaron los Padres, el Evangelio; ese código de amor divino, segun el uso del mismo amor, donde el Salvador del mundo es retratado con los colores más á propósito para hacerlo amar? En ese libro augusto, dictado por el Espíritu Santo, y que no es sino el amor mismo, escrito por los hombres poseidos de amor, aunque se revele alguna vez á Jesucristo como juez soberano y severo con toda la grandeza de la magestad de Dios, siempre se muestra en cada página, en cada renglon, al corazon del cristiano, segun la humildad y mansedumbre del Hijo del Hombre, siempre pacífico, misericordioso y clemente: siempre se da á conocer como Salvador piadoso, como padre, como hermano y como el amigo del hombre, que no hablándole sino de amor, le compromete á que le oiga y le atienda, y á que se le entregue, no recompensándole sino con el amor mismo.

En apoyo de estas reflexiones, ¿por qué no se nos permitiria citar nuestra propia experiencia, que ciertamente seria tanto más concluyente cuanto es ménos importante? Nada diremos de los resultados que hemos obtenido en Italia, cuando Dios se dignó bendecir nuestras intenciones y nuestros trabajos por esta manera de predicar el Evangelio: solo nos referiremos á lo que ha sucedido aquí en Paris, desde que hace dos años estamos predicando estas homilías sobre LAS MUJERES DEL EVANGELIO. Habiásenos advertido, que solo predicariamos á las mujeres, y por lo mismo escogimos un asunto apropiado, LAS MUJERES DEL EVANGELIO. Pues bien: desde el primer dia nuestro auditorio de mujeres se convirtió en su mayoría en auditorio de hombres, los que nos siguieron hasta el fin con un empeño siempre en aumento, escuchándonos con el más grande interés y bondad. Y, gracias á Dios, que en esto no nos alucinamos, pues sin creernos dotados con la menor de las cualidades que hacen á los grandes oradores, estamos persuadidos por el contrario, de que siendo extranjeros, nos faltaba la primera condicion para hacernos escuchar con benevolencia ante un auditorio frances, tan dificil y delicado para ser complacido, por la misma naturaleza y espíritu del idioma. Hemos, pues, predicado el Evangelio en la presente estacion con el estilo más modesto y familiar, desprovisto de aquellos accesorios que comunmente son, para las tres cuartas partes del auditorio, el triunfo de la elocuencia y la boga del predicador. El hombre, el orador nada ha contribuido al feliz resultado; léjos de eso ha servido de obstáculo; y hé aquí una prueba de la fuerza sobrenatural, del divino embeleso del Evangelio, que predicado en toda su sencillez, triunfa tanto de la pobreza de los recursos de quien le anuncia, como de las exageradas pretensiones de los que le escuchan.

Es, pues, necesario confesar, que este género de predicacion, á pesar de su sencillez, presenta un alimento

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

espiritual, sólido, y que se acomoda al gusto de todos. El hombre entendido, allí encuentra con qué satisfacerse por las altas concepciones de los libros sagrados, por los profundos pensamientos de los padres, por la armonía de los dos testamentos que descubre, y por los diversos misterios que le ponen de manifiesto la grandeza y magnificencia del cristianismo, y que son la prueba de su verdad. El hombre del pueblo, la mujer, el obrero, el paisano y aun los jóvenes y los niños, encuentran con qué consolarse, oyendo los ejemplos inefables, los pasajes afectuosos, los tiernos sentimientos y las palabras llenas de gracia, suavidad y dulzura del Hijo de Dios, hecho hombre, expuestas en un estilo sencillo y fácil para todos, de modo qua todos encuentren con qué instruirse y edificarse.

¡Oh! sí, caminando sobre las huellas luminosas de Bossuet, se adquirirá este método; y ya no se tendrá que deplorar aquella otra especie de elocuencia sagrada que hace el gasto de la cátedra cristiana con detrimento de las almas y descrédito de la predicacion evangélica; elocuencia, por cierto, rica de figuras y pobre de pensamientos; fecunda en expresiones y estéril de sentimientos; fastuosa é hinchada con una falsa opulencia, por medio de la que se hace servir al placer el grande ministerio de la instruccion; y la palabra de la verdad, sirve para mendigar la adulacion, lisonjeando los oídos y dejando en paz las pasiones, por lo que, en vez de predicar á Jesucristo, no hace el hombre más que predicarse á sí mismo: elocuencia, vano lujo de los espíritus frívolos, que se evapora en descripciones superficiales, en concepciones estravagantes, períodos sonoros y redondos, rasgos alambicados, en flores y adornos; y en suma, en un artificio, que el gusto más indulgente no disimularia ni en un romance, en el cual la verdad se viera como avergonzada, al modo que una mujér recatada se ruborizaria al verse ataviada con el ropaje de una cortesana; elocuencia, para decirlo de una vez, profana por sus doctrinas y formas que hace descender al predicador al lugar del farsante, y que forma de la predicacion una comedia, sin que quede de aquella otra cosa de sagrado sino el atrevimiento sacrílego del que la profana, tratando de un modo material y humano las cosas sagradas, espirituales y divinas.

Conmovido por estos inconvenientes, ó mejor dicho, con estos escándalos de la predicacion moderna, que se deplora en Italia, lo mismo que en Francia, desde que se nos invitó á predicar en Roma, nos impusimos el deber de separarnos de las formas modernas y de circunscribirnos á las antiguas: hemos tomado el Evangelio en nuestras manos y nos ligamos á predicarle segun el método de los Padres, que son los mejores predicadores despues de los apóstoles, y los verdaderos maestros y modelos de la elocuencia cristiana. En las doscientas homilías que en los diversos tiempos predicamos en la ciudad eterna, y de las que, más de la mitad se hallan impresas en ocho volúmenes, siempre caminamos á la luz de aquellos grandes hombres, bajo su direccion y por el camino seguro y elevado que nos trazaron: procuramos imitar su estilo, tomar sus pensamientos, hablar con sus mismas palabras y frases, teniendo por delante su doctrina y autoridad.

En Francia, como en otro lugar lo hemos notado (*Prefacio del 2º volumen de las Conferencias*), habiendo sido llamado para evangelizar á los creyentes, hemos hecho lo mismo: y estas homilías LAS MUJERES DEL EVANGELIO, que publicamos en este volúmen, son la prueba de nuestro aserto.

Al publicar estas homilías, así como si Dios lo permite, las que las seguirán del mismo género, quisimos proporcionar á las almas cristianas una lectura edificante y capaz de darles á conocer la riqueza del Evangelio; de enseñarles los misterios que en él se ocultan bajo el velo de las circustancias ménos notables, y de hacerles percibir algo de la grandeza y encanto de aquel divino libro; y al mismo tiempo tratamos de presentarle al clero la ocasion de que examinase, si le convendria seguir nuestro camino; y si, en cuanto á la reforma de la predicacion, nada tenia que hacer.

Explicándonos de esta suerte, no tenemos la pretension de creer, que por nuestros esfuerzos pudiéramos hacer en Francia un cambio que Dios todavía no ha acordado en Italia. Como orador sagrado nosotros no

tenemos poder para tanto; y en todo caso no somos franceses. Solamente nos prometemos que estas publicaciones servirán de advertencia é impulso á alguno de esos talentos esquisitos tan numerosos en el clero frances para emprender por la autoridad de sus ejemplos y por la eficacia de sus palabras, esta reforma en la predicacion del Evangelio.

Ninguna persona espere encontrar aquí las discusiones sobre los pasajes oscuros que encontremos al paso. Una cosa es explicar el Evangelio en una cátedra á los jóvenes levitas que estudian libros santos, y otra cosa es explicarlos al público en una iglesia. Allí se trata de formar teólogos consumados: aquí de formar cristianos perfectos; allí se trata de fijar el sentido de la escritura: aquí de levantar el espíritu; allí se trata, ántes que todo, de instruir; aquí de edificar. Así, pues, entre las diferentes opiniones de los Padres y de los intérpretes, sobre un mismo pasaje del sagrado texto que expliquemos, sin entrar en discusiones, frecuentemente inútiles, y siempre fastidiosas, nos atendremos á la opinion más comun, y sobre todo á la más á propósito para hacer una impresion feliz sobre el corazon, para excitar la fé, alimentar la devocion y consolar la piedad.

Con el objeto de hacer todavía más sólidas, útiles y variadas estas homilías, nos hemos empeñado en ligar el relato que esplicamos á alguno de los misterios, dogmas ó leyes del cristianismo: de suerte que el dogma, misterio ó ley aparezca, como brotando del relato puesto en accion. Así, por ejemplo, la Cananea, es la ORACION; la Samrritana, la GRECIA; la viuda de Nain, es LA MADRE IGLESIA y LA IGLESIA MADRE; la Magdalena, EL AMOR PENITENTE, y las santas mujeres en el sepulcro, LA FELICIDAD DE LOS HUMILDES. Por este medio las doctrinas sirven para confirmar las doctrinas; y las doctrinas con los relatos se esplican y esclarecen mutuamente, esplicándose por esto, el Evangelio con el Evangelio mismo.

Uno de los caracteres propios del Evangelio es, que sus escritores, estando acordes en el fondo de los sucesos que refieren, discrepan en el modo de escribirlos. Así debia ser, porque la variedad de circunstancias en la narracion de un mismo hecho, prueba á los más ciegos, que los cuatro evangelistas no se pusieron de acuerdo para engañar al mundo, ni se han copiado el uno del otro, y que sus relaciones son, por lo mismo, la verdad. Así en las tiernas historias que hemos esplicado, nos hemos fundado, reuniendo todas las circunstancias que los diferentes evangelistas nos suministran para hacer una sola historia. Al principio de cada homilía hemos citado el capítulo del Evangelio y los evangelistas que refieren el hecho, no citando en el curso de la esplicacion sino los versículos de los mismos capítulos. Y en general, en las citas tomadas de la Santa Escritura, que consignamos en el testo, el número romano señala el capítulo, y el árabe el versículo.

Los pasajes latinos de los Padres, los hemos trasladado en las notas. Esto ha sido por una parte, para comprobar que los pensamientos desarrollados en el testo, les pertenecen verdaderamente, y por otra, para demostrar á los más exigentes, que á la manera con que los Padres se expresan, no le falta gracia, precision y claridad; y que admirables por la forma, así como por la sustancia, no merecen el epíteto de bárbaros, que se les ha prodigado con tanta ligereza como ignorancia.

Por último, advertimos, que estas homilías sobre LAS MUJERES DEL EVANGELIO, predicadas para las mujeres, apareciendo hoy impresas, para su adelanto é instruccion particularmente, pueden ser útiles al mismo tiempo para los hombres; porque es fuera de toda disputa, que el conocimiento del amor de Jesucristo, interesa á los altos deberes del cristianismo y á todo el mundo, sea cual fuere el sexo y condicion; y más, porque desgraciadamente, nada hay más cierto, que en materia de religion las mujeres valen más que los hombres, conociendo, sintiendo y comprendiendo mejor el cristianismo: de suerte, que ciertos hombres, inclusos los que pretenden saberlo todo, excepto lo que debian saber ántes que todo, deberian ir á aprender el catecismo en la escuela de las mujeres.